

## Sangre y tierra

El suelo salvadoreño es un amasijo de sangre y tierra desde hace casi medio milenio. Arena estéril de los minifundios, que apenas producen un ruin alimento por el sudor y la sangre de la familia campesina. Lava volcánica y planicies sedimentarias, para las plantaciones, fecundadas por la sangre y el sudor de generaciones de indígenas y pobladores del agro. Sangre y arena, tierra y sangre han estado hermanadas siempre en la historia de El Salvador, desde la conquista y colonia españolas, pasando por el alzamiento de Aquino, por la reforma agraria liberal, por el levantamiento de 1932, por la guerra con Honduras, hasta la crisis actual. La tierra pide sangre para ser fecundada, y la sangre retorna a la tierra para darle vigor, como a otros Huitzilopchtli. En la tierra y por la tierra se han librado las batallas y se han izado las banderas. Tierra y sangre, sangre y arena, son una síntesis y un símbolo de la historia de El Salvador.

El "2o. Informe Checchi" (enero 1983), sobre "la Reforma Agraria en El Salvador", afirma que muchas disputas en el agro salvadoreño son resueltas por medio de la violencia, y recomienda la creación de tribunales agrarios para ayudar a solucionar los conflictos (págs. 70-73 y 161-2). Pero es una violencia mucho más profunda y estructural, basada en el expolio de la tierra a los indígenas y campesinos, la que despierta en los momentos más agudos de crisis una violencia defensiva —hitos esporádicos en la pacífica y resignada vida rural—, para poder subsistir.

La tierra ha estado siempre en El Salvador amasada con sangre. Se han reprimido a sangre y fuego las demandas de los campesinos por tierras, pero se ha percibido que había que echar arena para apagar el fuego de esa sangre. A la sangre vertida en el campo se la quiso anegar con

un puñado de tierra en la tímida y parca "transformación agraria", pero los señores del agro prefirieron abonar el campo con sangre para terminar con el problema. Sin embargo, los gobiernos surgidos después del 15 de octubre de 1979 vieron que para detener el baño de sangre no había más remedio que echarle arena, repartir las tierras. Pero, como aclaró Mons. Romero, "la tierra manchada con sangre no fructificará". La reforma agraria en El Salvador ha sido esterilizada con ríos de sangre. Sangre derramada en la guerra, en ambos bandos, por jóvenes en su mayoría campesinos; sangre a torrentes de los miles de víctimas de la población civil, también predominantemente campesinos; sangre de decenas de cooperativistas y beneficiarios de la misma reforma agraria, asesinados en los sitios de trabajo.

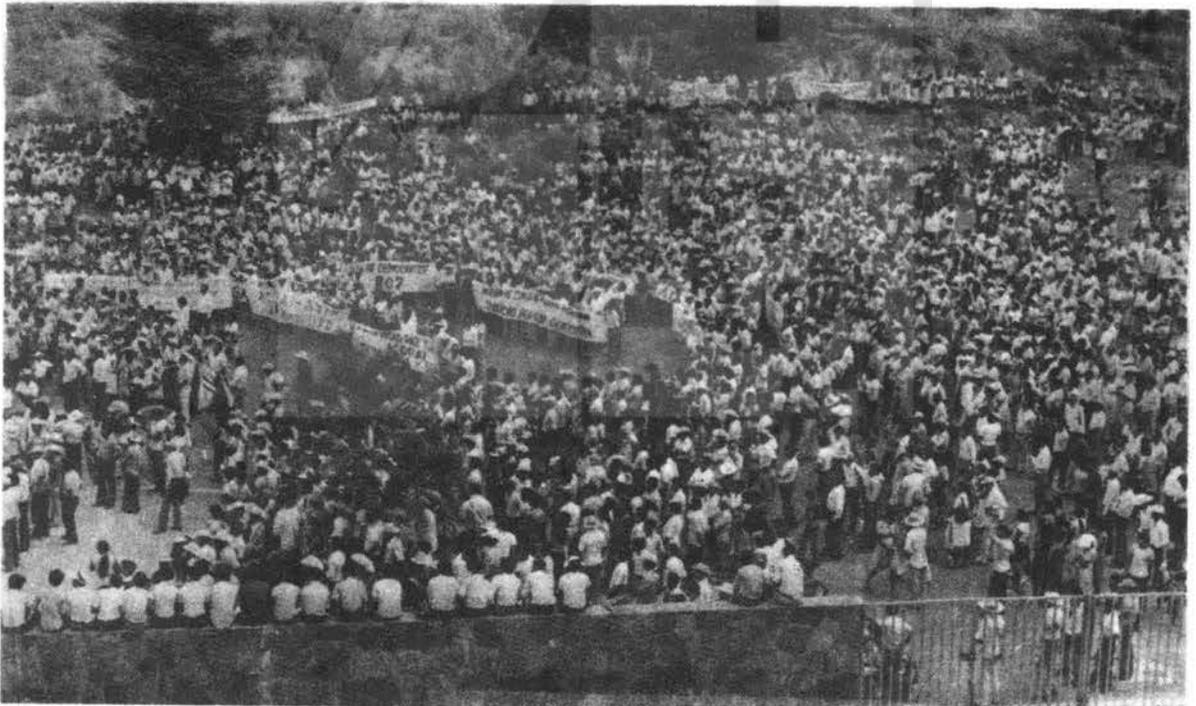
El día martes, 22 de febrero de 1983, a las 6.30 a.m., llegaron tres vehículos militares con soldados a la finca Las Hojas (una propiedad cooperativa de indígenas en las proximidades de Sonsonate), capturaron a varios hombres de esa finca y de otras cercanas (entre ellos a un niño y a un anciano de 76 años), y los fusilaron en la orilla del río Cuyuapa, donde fueron encontrados los cadáveres de 18 con las manos amarradas en la espalda. Una persona destacada al lugar de los hechos para recabar información, oyó a los campesinos que otros 74 más habían sido asesinados, aunque no pudo encontrar evidencias. El presidente de la Asociación Nacional de Indígenas Salvadoreños (ANIS), a la que pertenecían las víctimas, recibió promesas del Presidente de la República y del Ministro de Defensa de que se investigaría el asunto; pero en el cuartel de Sonsonate primero se le negó una entrevista con el comandante, quien más tarde le

dijo que "mejor se cuidara porque andaban tras él también". El dolor por los muertos, la suspiencia y reserva propias de indígenas y campesinos, el temor a represalias, la memoria de 1932, impedían que la gente hablara y aclarara algo más sobre los hechos (*New York Times*, 28 de febrero de 1983). Otros testimonios afirman que además de los 18 cadáveres encontrados en Las Hojas, en una finca vecina fueron igualmente asesinados 28 campesinos más, y otro que procedía de un poco más lejos; además de éstos, 54 habían "desaparecido". Estos datos confirmarían la versión proporcionada por habitantes del lugar de que habían sido asesinados además 74, aunque no se pudieran encontrar en ese momento pruebas.

La causa de la sangre fue, como siempre, la tierra. La zona de la masacre no está agitada por la guerra. Las organizaciones campesinas no tienen bases por allí. La Fuerza Armada controla pacíficamente la región. Según los informes recibidos, el líder local creía que la masacre se debió a que las víctimas se opusieron al proyecto de unos terratenientes de la zona que pretendían construir un camino a través de la propiedad de los indígenas, por lo que pasaron al cuartel una lista de nombres, acusándolos de "subversivos" (*ibid*). Si fue esa la razón, o si hubo algún otro

motivo; si las víctimas apoyaban a la UPD en el reclamo de la prórroga del decreto 207, y podían movilizar mucha gente a la manifestación convocada; no lo llegaremos a saber probablemente nunca. Una cosa sí es cierta, y es que se prueba una vez más la constante de que la tierra clama por sangre, que los terratenientes tienen más credibilidad que los campesinos, que hay instituciones (o fracciones en ellas) que están más dispuestas a defender los intereses de los terratenientes que los derechos de los indígenas, que esa sangre inocente derramada se une al río que esteriliza la tierra salvadoreña.

La reforma agraria ha sido el foco de discusión más violento en El Salvador. El gobierno de los Estados Unidos la planificó, la impuso y la sostiene. Los terratenientes y sus organizaciones la adversan, propician la represión, intentan por todos los medios volver a la situación pasada. El resultado de las elecciones del 28 de marzo de 1982 y la conformación de la Asamblea, hicieron tambalearse las reformas, que sólo se sostuvieron precariamente por la decidida presión norteamericana. El decreto 207 ("la tierra para el que la trabaja") se convirtió en el punto más débil, que se intentó eliminar con el decreto 6 de la Asamblea, pero que fue prorrogado hasta el 3 de marzo de 1983. En vísperas de su discusión se



renovaría el temor de que fuera suprimido, así como la lucha por prorrogarlo. En ese contexto sucedió la masacre de Sonsonate, aunque tal vez no tenga conexión directa.

Desde las primeras horas del día martes, 10. de marzo, varios miles de campesinos de la UPD, beneficiarios del decreto 207, se congregaron en los alrededores de la Asamblea y allí permanecieron día y noche, a la intemperie, aun cuando la discusión en el plenario se postergó hasta el día 3, presionando en la plaza y en la barra misma de la Asamblea, hasta que el decreto fue prorrogado por otros diez meses.

¿Cuáles fueron las razones para organizar esta concentración, y para permitir, sin reprimirla, a pesar del Estado de Sitio vigente, una manifestación de este tipo y volumen, la primera y única en muchos meses? Es posible que las reacciones ante la masacre de Sonsonate hubieran impedido otro hecho de sangre tan próximo. Es posible que la inminente visita del Papa hubiera inducido especiales precauciones para no cometer un grave error político. Es posible que se quiera mantener la capital como un escaparate del país para dar la impresión de tranquilidad y más en esas fechas en que se encontraba tras la lente mundial. Es posible que se buscara dar una imagen de proceso democrático e incluso de cierto populismo. Lo más probable es que ya estaba tomada al más alto nivel la decisión de prorrogar el decreto y de debilitar políticamente a los opositores de la reforma agraria, para lo cual venía como anillo al dedo el espectáculo de campesinos planteando sus demandas que son satisfechas.

El gobierno de los Estados Unidos ha mantenido insistentemente que la continuación de las reformas es una condición para la ayuda militar y económica y lo volvió a ratificar la embajadora Kirkpatrick en su reciente visita al país. Sin reformas, aunque sean superficiales y aparentes, no hay ayuda; sin ayuda no hay guerra y sin guerra no sólo no se acaba con la guerrilla, sino que ésta acaba con el ejército y con el actual proyecto. La lógica es sencilla y clara. Si ARENA y los intereses que están detrás, se oponen a las reformas, no hay otro camino que debilitarla en aras al bien supremo. En el momento en que la administración Reagan endurece su línea militarista para El Salvador, tras la evaluación del fracaso de la guerra, el incremento en la ayuda armada tiene que legitimarse con la fachada de las reformas, y no se puede suspender el decreto 207. Habrá que echar tierra para empapar la sangre

que flota sobre el suelo salvadoreño y luego derramar más sangre que fertilice esa tierra.

Ante la Asamblea se pronunciaron en contra del decreto todos los miembros de ARENA que ocupan altos puestos vinculados con su aplicación. Pero el presidente de FINATA, militar de alta, se pronunció a favor del mismo. En la votación definitiva ARENA y PCN se opusieron y el resto de partidos se pronunció por la prórroga, logrando una "victoria". Se habían salvado las apariencias. ARENA tenía que ser consecuente con sus principios y sobre todo con las fuerzas que la sustentan, tanto más con el horizonte próximo de las elecciones; tenía que votar en contra del decreto 207. Como el PCN se había pronunciado públicamente contra el decreto, llamándolo la "contra-reforma", debía portarse consecuente, mostrar una línea política autónoma, sobre todo después de la escisión y de las acusaciones de coqueteos con la formación de un "Centro Democrático", aunque su voto le pudiera restar apoyo para unas inminentes elecciones que de ningún modo puede ganar; y por eso quiso explicarlo, aunque la barra de la UPD se lo impidiera. Si el decreto debía ser prorrogado generosamente, todos los demás partidos debían votar a favor, incluidos PAIS y PPS, que se suponían más próximos a ARENA y opuestos a las reformas, pero que con su gesto pueden por añadidura, capitalizar, ideológicamente algunos votos en el campesinado y en las capas populares, como intentaron hacerlo ante la barra de la UPD.

Una parte del pueblo que está con el actual proyecto ha ganado esta magra batalla —se la han regalado— pero no ha ganado la guerra. Ese puñado de tierra que le han arrojado a la cara es posible que sólo sirva para enjugar su sangre que después vaya a ser derramada. Las masacres en el campo no se prevé que hayan terminado. Esos miles de campesinos que se han manifestado ante la Asamblea es posible que estén "quemados". Sus rostros pueden ser reconocidos. Días antes la UCS (miembro de la UPD) denunciaba que han asesinado a más de 100 de sus dirigentes y afiliados (incluido su secretario general y presidente del ISTA, Rodolfo Viera) y que las fuerzas que se oponen a las reformas tratan de dividirlos y de formar una directiva a su gusto. El futuro nos irá diciendo cuántos de esos campesinos pagarán con su sangre la osadía de pedir un puñado de tierra.



El diputado del PPS dijo claramente que ya estaba decidido (y que para qué habían hecho que los campesinos estuvieran a la interperie), pues ni la DC ni la F.A. han hecho las reformas, sino que aquí sólo se hace lo que quiere Estados Unidos. El Presidente D'Aubuisson expresó su esperanza de que con eso se impidiera el asalto al poder de los grupos subversivos. Esta es la realidad. Esta es la intención y el objetivo fundamental. Y para lograrlo, incluso se harán reformas, si

es preciso. Para acallar el clamor de la sangre se le echará arena y tierra, para luego empaparla con más sangre de campesinos. Y si algún día se ha llegado a derramar tanta sangre que ya nadie ose reclamar la tierra, se volverá atrás de las reformas, se volverá a acumular la tierra, fecundada con la sangre y los cadáveres de los que han muerto apretando un puñado de arena.

**W.Z.**